



Publicación Mensual al Servicio del Centro de Formación para Maestros de Biblia



## Seamos Iglesia este Año Nuevo

2003

Propósito de año nuevo:

Vivamos de acuerdo a la exigencia que nos hace la Iglesia, madurando más en nuestra fe.

La Iglesia que Jesús fundó es, desde su inicio, un grupo de creyentes, una comunidad fraternal; Jesús quiso que así fuera: "Lo ponían todo en común.

No tenían más que un solo corazón y una sola alma..." (Hch. 2, 42-47). "Que se amen los unos a los otros como yo los he amado... Que todos sean uno como Tú y yo, Padre, somos uno". (Jn. 15,12).

Mediante el bautismo que todos hemos recibido, en la Iglesia los cristianos expresamos la unidad en Jesús, nos hacemos un solo cuerpo con Jesús. Y es aquí, en la Iglesia, donde aprendemos a vivir el amor y la fe que Jesús nos transmitió.



Gracias a la Iglesia, aprendemos a amar verdaderamente a Dios, y a nuestros hermanos y hermanas. Es aquí en la Iglesia donde nos relacionamos con los demás y compartimos nuestra vida sintiéndonos iguales a los demás, amigos, hermanos y hermanas.

Así, pues, es en la Iglesia donde se debe dar la igualdad y la fraternidad. La Iglesia nos enseña que los creyentes somos capaces de dejar a un lado las diferencias políticas, religiosas, sociales, raciales, económicas, clasistas, sexuales, de edad, etc. En la Iglesia nos reunimos en una comunidad donde debe reinar la paz y la concordia.



Sería ideal que uno de los propósitos para este año nuevo que hemos iniciado sea el de hacer de nuestra Iglesia un lugar donde se pueda encontrar un ambiente cómodo, amistoso, franco y fraternal, tal y como corresponde verdaderamente a la familia de los hijos de Dios.

Este propósito nos obliga a acrecentar nuestra fe y nuestro amor a Dios y a los

demás. No vivimos unidos en la Iglesia sólo para disfrutar individualmente de los beneficios de la fe. Por el contrario, esta misma fe nos obliga, nos exige, nos llama a que pongamos en práctica todo lo que creemos en beneficio de los demás, para que otros viendo el ejemplo, crean y gocen también de los beneficios de la fe.



Dios no nos quiere salvar aisladamente, sino formando un pueblo, una Iglesia, donde todos participamos y nos preocupamos por el bien de todos. De ahí, la responsabilidad no sólo de hacer buenos propósitos de crecer y madurar personalmente en el cultivo del bien, sino también en el de la puesta en práctica de las virtudes cristianas de la justicia, la solidaridad, la amistad, la fraternidad, el bien común, el amor, el perdón y la paz, ya que de esta manera manifestamos la fe y la santidad.

La Iglesia es el Pueblo de Dios en el cual todos los creyentes vivimos, en plenitud de igualdad y dignidad, la fraternidad y la libertad de los hijos de Dios, ya que todos somos verdaderamente hermanos y hermanas en Jesús, y vivimos la vida del Espíritu Santo, que es el Amor. Nuestra fe de creyentes debe estar centrada en Jesús y en su mensaje. Jesús es el criterio de nuestros sentimientos, de nuestras ideas y acciones; Jesús es la medida de toda nuestra vida, como dice San Pablo en su carta a los Gálatas 2,20: "No soy yo quien vive..., es Cristo que vive en mí".



Hagamos, pues, un propósito en este

nuevo año. Vivamos de acuerdo a la exigencia que nos hace la Iglesia, la comunidad de creyentes en Jesús, de ir madurando más en nuestra fe.

Esta maduración se hace participando más activamente en la vida de la misma Iglesia: oír, meditar y reflexionar en la Palabra de Dios, para descubrir su plan de salvación sobre nosotros mismos y sobre los demás seres humanos en el mundo. Colaborar en todas las actividades de la Iglesia dando de mi tiempo y de mis recursos financieros, descubriendo que el amor a Dios y al prójimo nos exige un sacrificio real y un deseo de contribuir cada vez más al mejoramiento personal y al de los demás.



¡Que Dios derrame muchas

### ¿Crees conocer la Biblia?

Sección que nos ayudará a aprender muchas cosas de la Biblia

1. ¿En qué comunidad fue acusado Pablo de volver el mundo al revés?
2. ¿Qué comunidad nació en Pentecostés ?
3. ¿En qué comunidad ponían sus bienes en común?
4. ¿Qué comunidad fue la primera en elegir diáconos?
5. ¿Qué comunidad fue la primera en enviar misioneros?

### Respuestas al número anterior

1. Simón el mago (Hch. 8,12-13)
2. Cornelio (Hch. 10,23-48)
3. Ananías (Hch. 9,18)
4. Unas 3,000 (Hch. 2,41)
5. Lidia (Hch. 16,14-15)

# ¿EL DIOS DE ISRAEL ERA JAHVÉH O JEHOVÁ?

## Cuando eran muchos los dioses



Basta con que abramos el directorio de teléfonos para darnos cuenta de la cantidad de nombres y apellidos de personas con las que podemos comunicarnos. Pero sólo conociendo el nombre correcto es posible hacerlo.

En el mundo antiguo sucedía lo mismo con los dioses. El panteón,

es decir, el conjunto de divinidades que cada pueblo tenía y veneraba, era tan numeroso, que resultaba imposible honrarlo con eficacia si no se sabía su nombre. Es que cada uno de los dioses cumplía una función específica para con el hombre, y sólo invocando al dios adecuado podían obtenerse los beneficios esperados. Por eso

equivocar el nombre era arriesgarse a perder los favores del Cielo. Por lo tanto, en cada lengua existía la palabra “dios”, que servía para aplicarla a todos en general. Pero por su parte cada divinidad tenía su nombre propio.

Los sumerios, por ejemplo, además de usar el vocablo genérico “dios”, llamaban en particular **An** al dios del cielo, **Enlil** al de

la atmósfera inferior, y **Enki** al dios de la tierra. Los babilonios creían en Shamash (el sol), Sin (la luna) e Ishtar (diosa del amor). En Egipto, entre las decenas de dioses invocados en las diversas regiones, sobresalían Amón, Nut, Hator, Osiris e Isis, según las distintas teologías.



## El Dios de la zarza

También el pueblo de Israel, en su etapa más antigua, creía que existían todos estos dioses protectores de los demás pueblos. Pero para ellos admitían uno solo, y lo adoraba con exclusividad: Yahvéh.

La pronunciación de esta palabra ocasionó un pequeño problema. En efecto, mientras muchos sostienen que ésta era la forma correcta de pronunciarla, otros

piensan erróneamente que se decía “Jehová”.

¿Cuál es el origen de este error? Para averiguarlo deberemos remontarnos al libro del Éxodo, donde se cuenta que cuando Dios decidió liberar a su pueblo Israel de la esclavitud egipcia, eligió a Moisés para conducir la colosal empresa. Un día, mientras éste se hallaba pastorean-



do las ovejas de su suegro, se le apareció en una zarza en llamas y le manifestó su voluntad de sacar a los hebreos del país de los faraones (cf. 3,1-10).

Moisés quiso saber el nombre particular de este Dios que se le manifestaba tan sorpresivamente, y a quien él no conocía, y le dijo: “Si voy a los hijos de Israel y

les digo que el Dios de sus padres me ha enviado a ellos, y me preguntan cuál es su nombre, ¿qué les responderé?” Dios le contestó: “Yo soy el que soy”. Y añadió enseguida: “Así dirás a los israelitas: Yahvéh me ha enviado.

Éste es mi nombre para siempre y por él será invocado de generación en generación” (3,14-15).

## Nombre que da para mucho

Los eruditos han querido desentrañar el sentido de esta contestación enigmática, pero hasta ahora ninguna de las propuestas ha sido unánimemente aceptada.

Sabemos, sí, que viene del verbo hebreo *hawah*, que significa “ser”, y por eso el nombre de Yahvéh se traduce normalmente por “el que es”. Pero ¿“el que es” qué?.

Entre las interpretaciones sugeridas, hay seis que son las más atendibles:

1. El que es **impronunciable**, es decir, no se trataría realmente de un nombre sino de una contestación evasiva de Dios, para que no supieran su verdadero nombre y no fuera utilizado en ritos mágicos como hacían los otros pueblos.

2. El que es realmente, en oposición a los otros dioses que en realidad **no son**, no existen.

3. El que es **creador**, es decir, el que da el **ser** a todas las cosas.

4. El que es **siempre**, es decir, el que nunca dejará de ser.

5. El que es **por sí mismo**, ya que no necesitó de otro ser para **ser**.

6. El que es **actuante**, es decir, el

que actúa al lado nuestro, el que camina con nosotros para acompañarnos, el que está junto a su pueblo.

Esta última interpretación es la que sigue la mayoría de los exégetas, atendiendo a que unos versículos antes, Dios le había dicho a Moisés:

“Yo estaré contigo” (Ex. 3,12)



## Por las dudas, nunca

Pero en el monte Sinaí comenzó el otro problema: el de la pronunciación de este nombre. En efecto, cuando Dios le entregó a Moisés, los diez mandamientos, uno de ellos decía: “No tomarás en falso el nombre de Yahvéh, tu Dios; porque Yahvéh no dejará sin castigo a quien toma su nombre en falso” (Ex. 20,7).



menzaron a preguntarse: ¿Qué significa “en vano”? ¿Cuándo se toma *en vano* el nombre de Dios? Yahvéh no lo había explicado. Y Moisés se murió sin haberlo aclarado tampoco.

Durante mucho tiempo, de todos modos, el Pueblo de Israel no se hizo problema y empleaba sin mayores cuidados de este nombre. Pero después del siglo VI a.C., al regresar del cautiverio de Babilonia y comenzar a preocuparse por la observancia estricta de la

Ley de Moisés, se planteó frontalmente la dificultad del mandamiento.

Los doctores de la Ley y los guías del pueblo entablaron largos debates, y concluyeron que “en vano” no se refería sólo a juramentos falsos, sino a cualquier utilización impensada o uso inoportuno y superficial de esta denominación.

Y para garantizar el máximo

respeto, decidieron no pronunciar nunca jamás el nombre sagrado de Yahvéh. Cuando éste apareciera en el texto de las Escrituras, el lector debería reemplazarlo por *Adonai* (mi Señor, en hebreo).

Se extendió así entre los judíos la costumbre de evitar el sublime nombre de Dios, que por estar compuesto de cuatro letras fue llamado **tetragrama** sagrado (del griego *tetra* = cuatro, y *gramma* = letra), y se escribía YHWH.



## Para economía del papel

Ahora bien, como es sabido la lengua hebrea tiene una curiosa particularidad: sus palabras se escriben solamente con consonantes, sin vocales. Este hecho extraño en relación con nuestros idiomas modernos proviene de una necesidad muy sentida en

la antigüedad: la de ahorrar el material de la escritura.

En aquel entonces se contaba, para escribir los manuscritos, con el papiro o el pergamino, difíciles de obtener y de cara elaborada. Esto hacía que quien quisiera componer algún



escrito tomara las precauciones del caso a fin de aprovechar al máximo tan preciado material.

Para ello se idearon dos recursos: escribir todas las palabras juntas, sin separación, y no transcribir las vocales. El que

leía las consonantes podía añadir por su cuenta las vocales correspondientes a cada vocablo, ya que eran por todos conocidas. Por esta razón la totalidad de los libros del Antiguo Testamento escritos en hebreo fueron redactados sin vocales.

## Mil años de incertidumbre

Es de imaginar, con el transcurso del tiempo, la dificultad que significaba leer un libro con todas las palabras juntas y sin vocalizar. La frase podía cortarse en cualquier parte, y a veces variando las vocales hasta cambiaba el significado del vocablo.

Figurémonos por un momento que encontramos en castellano

las consonantes "bn". Podrían ser de la palabra "bueno", o "boina", o "abono". O el grupo "lmn", que puede corresponder a "limón", "ilumina", "la mano", o "el imán", por ejemplo.

Es verdad que por el contexto generalmente es posible deducir el sentido. Pero no siempre. Por ello, con el transcurso de los

siglos el texto hebreo de la Biblia fue haciéndose cada vez más difícil de leer, de entender, y de mantenerlo único.

La confusión, que fue creciendo con el paso del tiempo, duró mil años, hasta que en el siglo VII se volvió insostenible. Aun cuando las comunidades tenían el mismo texto hebreo, sin em-

bargo circulaban distintas lecturas en cada región, según la pausa que se hacía en la frase, o las vocales que con mejor o peor acierto añadía oralmente quien leía, o los errores que esta lectura generaba en las sucesivas redacciones. Esto llevó a la aparición de textos diversos de la Biblia.

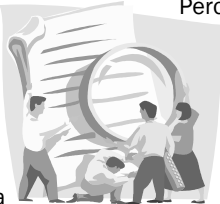


## Los rabinos salvadores

En la Escuela rabínica de la ciudad de Tiberíades, al norte de Israel, un grupo de maestros llamados "masoretas" (de la palabra hebrea *masora* = tradición, por ser los que buscaban conservar la tradición), decidieron fijar de una vez por todas la pronunciación exacta del texto sagrado, e hicieron algo insólito para la lengua hebrea: inventaron un sistema de vocales, que consistía en

rayas y puntos colocados arriba o debajo de las consonantes.

Pero mientras vocalizaban los manuscritos, al llegar al tetragrama sagrado YHVH tuvieron un grave inconveniente: después de siglos de no pronunciarlo, ya nadie se acordaba de cuáles eran las verdaderas vocales que le correspondían. Entonces pusieron abajo las correspondientes a la palabra Adonai (a-o-a), que era



la que leían en su lugar. Hay que aclarar que la "i" final de Adonai, es consonante y no vocal en hebreo, por lo que no fue tenida en cuenta.

Solamente hubo que cambiar la primera "a" en "e" por una razón de fonética semítica: según el sistema inventado por los masoretas, la consonante "Y" primera del tetragrama, por ser consonante fuerte, no puede llevar la vocal "a" que es débil, sino que debe cambiarla por "e" que es vocal fuerte.

No obstante esta nueva vocalización, el nombre de YHVH seguía reemplazándose por "Adonai" en la lectura.

A partir del siglo XIV se comenzó a leer el nombre sagrado YHVH con las vocales que los masoretas habían colocado debajo, es decir "e-o-a", lo cual dio como resultado YeHoVaH, nuestro actual Jehová, mezcla híbrida de las consonantes de la palabra Yahveh con las vocales de Adonai, y que no significa absolutamente nada.

## Hasta los cristianos

Este error, en el que cayeron los judíos medievales, se propagó por todo el mundo cristiano hasta el presente siglo.

Así, en los oratorios de Händel, en los autos sacramentales, incluso en los cantos populares de la Iglesia católica se escribía siempre Jehová como nombre de Dios. Todavía resuena en algunos templos el conocido canto a María "Los cielos, la tierra, y el mismo Jehová..."

Pero al llegar el siglo XX, los modernos estudios bíblicos pudieron percatarse del error. Muchas son las pruebas que los especialistas pueden aducir para demostrar que Jehová es una pronunciación equivocada, y que las vocales correctas son "a-e", es decir, que debe decirse YahVeH.

En primer lugar, porque todos los nombres bíblicos que terminan en "ías" son una abrevia-

ción de Yahveh.

Así Abdías, Abdi-Yah (siervo de Yahveh), Elías, Eli-Yah (mi Dios es Yahveh), Jeremías, Jeremí-Yah (sostiene Yahveh), Isaías, Isaí-Yah (salva Yahveh). Por lo tanto, la primera vocal no puede ser la "e" sino la "a". Esta "a" es en el sistema masoreta vocal fuerte, a diferencia de la "a" de Adonai. Esto lo corrobora la conocida exclamación litúrgica "HallelúYah", que significa



"alabad a Yahveh".

Pero la certeza del nombre completo la tenemos en algunos escritos antiguos, como Clemente de Alejandría en el siglo IV, que transcriben en griego este nombre como *iavé*.

Inclusive se conserva un texto de un autor del siglo V llamado Teodoro de Ciro, que al comentar el libro del Éxodo escribe el sagrado nombre como *iavé*.

## ¿Cómo llamarlo?

Hoy en día no hay nadie, moderadamente informado, que lea o pronuncie Jehová.

Cada vez es mayor el número de los que piensan que la forma correcta del nombre de Dios en

el Antiguo Testamento era Yahveh, aunque en su manera de escribir no existe uniformidad.

Unos transcriben fielmente "Yahveh", otros "Yahvé", y otros, en fin, "Yavé".

Poco a poco las Iglesias protestantes, que en este sentido son las mas conservadoras, van aceptando las conclusiones de los modernos estudios y superando el viejo error. Incluso los nuevos comentarios así como las biblias de mu-

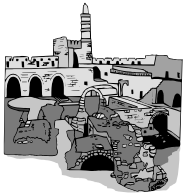
chas de las iglesias separadas ya traen la grafía "Yahvé".

Sobre el nombre de Dios, decíamos que era un problema pequeño. Es que en realidad a Dios le importa poco que pronunciemos su nombre de un

modo o de otro, o que lo llamemos Altísimo, Todopoderoso, Eterno o Señor. Lo que más interesa no es la palabra que está en los labios, sino la fe y el amor que mostramos en nuestras obras.



Si le preguntáramos cómo prefiere Dios que lo nombremos, seguramente nos diría con las palabras de Jesús: "Ustedes, cuando oren, digan así: Padre nuestro, que estás en el Cielo..."



## JERUSALÉN, AÑO 50

*No tenía apenas historia la Iglesia, y ya empezaba a tener sus concilios. Unos nacían de la necesidad de reformar desde dentro, de la entraña misma de la Iglesia, y otros forzados por las herejías y los errores que desafiaban la fe desde afuera. Localizados unas veces en el Oriente, y otras en el Occidente romano. Presididos unas veces por el Papa y otras por sus delegados. Y en ocasiones controlados de cerca por la autoridad de los emperadores antiguos o modernos, ahí está esa densa experiencia conciliar de la Iglesia.*



El primer concilio ocurrió en Jerusalén. Medrosa y humildemente. Como era entonces la Iglesia. Ni siquiera se llamaba Iglesia. Se contentaba con ser la comunidad de los que creían en Jesús resucitado. Un puñado de gente sembrado en un mundo indiferente u hostil. Corría el año 50, más o menos. Porque hasta la cronología aquí resulta humildemente incierta. De todas formas, es cierto que ya los apóstoles, tras su dispersión pentecostal, regresaban de sus primeras predicaciones. Pablo, en concreto, había cumplido ya el primero de sus viajes.

Jerusalén había sido el lugar de la muerte de Jesús, de su resurrección y de la manifestación primera del Espíritu Santo. A Jerusalén había que volver como a una cita entrañable. ¿No era un poco la matriz de aquella Iglesia naciente?

Fueron llegando allí los apóstoles y agrupándose en torno a Santiago, «el hermano del Señor», que presidía la comunidad de Jerusalén. Y a esa reunión (sin actas, sin convocatorias solemnes, sin constituciones ni decretos finales), la historia le ha dado después el nombre de concilio. El primer concilio de la historia de la Iglesia. Ni siquiera el apellido de «ecuménico» se le ha otorgado al concilio de Jerusalén. No importa; la historia la hacen unos y la escriben otros.

### EL CRISTIANISMO, ¿UNA SECTA MAS?

Sobre el tapete de aquel modesto sínodo había en realidad un solo tema. Pero un tema vital. Lo sabemos por la breve noticia que nos dan los Hechos de los Apóstoles en su capítulo 15. Es una crónica breve, pero en extremo sabrosa. Allí se ventilaba ni más ni menos que el rumbo futuro de la Iglesia.

La experiencia daba ya, tras el paso de Jesús por medio de su pueblo y las primeras predicaciones apostólicas, que muchos de los judíos rechazaban al Mesías. Es más, el pueblo como tal, instigado por sus jefes, lo habían crucificado y habían perseguido a

quienes creían en él. Por el contrario, entre los paganos, fuera de las fronteras de Israel, el nombre de Jesús encontraba eco frecuente y sincero. Allí estaban Pablo y Bernabé para dar testimonio de ello. ¿Qué hacer entonces? ¿Para quién era, en realidad, la Buena Noticia? ¿Había que echar el pan a los perros quitándoselo de la boca a los hijos?

En realidad, los apóstoles se enfrentaban con el primero y eterno problema que tuvo la Iglesia. ¿Universal o nacional? En pocas palabras, para seguir a Cristo, ¿había que aceptar el yugo de la Ley? ¿Había que pertenecer al pueblo judío como requisito para pertenecer a la Iglesia? ¿Servían ya para algo los ritos y las prescripciones mosaicas, o todo había quedado superado en la libertad y en la gracia de Cristo? ¿Iba a ser la Iglesia una secta judaica más o un lugar de convocatoria, un hogar, para todos los creyentes en Jesús?

### PRIMERO DIVISIÓN Y LUEGO, CONCORDIA

Sabemos que las opiniones andaban divididas. Y sabemos que la discusión arreció en ciertos momentos hasta hacerse tensa. Pedro andaba un poco incierto. El había sido el primero en admitir a un pagano al bautismo: a Cornelio, el centurión de Cesarea. Luego, en Antioquia, donde existía ya una comunidad mixta de circuncidados e incircuncisos; Pedro solía compartir la comida con estos últimos. Los discípulos de Santiago le echaron en cara esta prevaricación, y Pedro dejó de hacerlo. Pero luego Pablo le reprochó duramente su fragilidad. Ya en Jerusalén, Pedro se mostró partidario de la apertura en su discurso a los hermanos.



Pablo, por su parte, veía las cosas con la claridad y la pasión que le distinguían. Para él ya no contaban ni la Ley ni la circuncisión, sino la nueva criatura en Cristo Jesús. Así se lo había explicado a los romanos en una carta que causó sensación en las comunidades judaicas. Su argumento era contundente: «Si es la ley lo que justifi-

ca, Cristo ha muerto inútilmente». Esta postura no podía distar más de la que sostenían los discípulos de Santiago; «No hay fidelidad a Dios sin fidelidad a su pueblo», venían a decir.

Fue precisamente Santiago quien actuó de árbitro. Gracias a su intervención se llegó a un compromiso que cuajó en la carta que de Jerusalén salió para las iglesias de la gentilidad (Antioquia, Siria y Cilicia), que es donde había surgido el conflicto. La carta decía así: «Fue el parecer del Espíritu Santo y el nuestro no imponerles ninguna otra carga fuera de las indispensables: que no coman carne sacrificada a los ídolos, ni sangre, ni carne de animales sin desangrar y que se abstengan de relaciones sexuales prohibidas. Observen estas normas dejándose guiar por el Espíritu Santo. Adiós».

### EL AÑO 50, NO DEMASIADO LEJOS

Y pocas cosas más ocurrieron en este primer concilio. O, al menos, no las sabemos. Con todo, ya son bastantes. ¿Cómo extrañarnos ahora de las tensiones cuando están ahí en la primera página conciliar de la Iglesia? ¿Cómo renegar de una Iglesia que busca afanosamente su camino si es ésa la versión primordial que tenemos de la comunidad creyente? Esa intención de hacer de la fe en el Mesías un andamio para las reivindicaciones nacionales, ¿no se parece demasiado a ciertos intentos actuales de politizar la religión? Y luego esos esclavos de la ley, y esos que pretenden echar sobre el pueblo la carga de las minucias, y esos que quisieran monopolizar a Cristo haciéndole judío, ¿no tendrían hoy nombres y apellidos bien concretos?

Jerusalén, año 50. La fecha hay que anotarla para la historia de la Iglesia. Pero más que la fecha, lo que importa es el estilo de aquella reunión. Una Iglesia que acepta el desafío del mundo pagano. Una Iglesia que busca a tientas su fidelidad a Jesús y al mundo. Iglesia que proclama modesta y firmemente: «Fue el

